

Acostumbraban á bajar todos los años de las montañas á Barcelona por el mes de junio multitud de segadores en cuadrillas, gente por lo comun soez; disoluta y viciosa, temible en los pueblos en que entraba. Habian adelantado algunos este año su venida, que solia ser comunmente la víspera del Corpus. El virey hizo presente á la ciudad que no convendria la aglomeracion de tales gentes en tales circunstancias; pero los consellers, que miraban las cosas de muy otra manera y tenian propósitos muy contrarios á los del virey, contestáronle que cerrar las puertas á aquellos hombres rústicos y sencillos, seria esponer la ciudad á mayor inquietud y turbacion, porque era mostrar una desconfianza que ofenderia al pueblo. El virey no se atrevió á insistir. Entraron pues, y se juntaron en Barcelona la mañana del dia del Corpus (7 de junio, 1640) de dos á tres mil segadores, muchos de ellos ocultamente armados, formando primeramente corrillos, discurrieron en grupos por calles y plazas, hablando sin estímulo del gobierno del virey, de la prision de los diputados y consellers, y de los escesos de los soldados, y mirando con cierta mofa á los castellanos que encontraban, daban bien á entender lo dispuestos que iban á mover tumulto. Cuando asi están preparados los ánimos, una pequeña chispa basta para encender un voraz fuego. Asi acontece siempre, y asi aconteció ahora.

Un segador, hombre facineroso, que se habia es-

capado de manos de la justicia, fué visto por un criado de Monredon y reconocido como uno de los asesinos de su amo; quiso éste prenderle; y armóse entre los dos una refriega de que resultó herido el segador. Acudieron los otros en su auxilio; un tiro disparado al aire por la guardia del palacio del virey con objeto de dispersar el grupo, fué la señal del combate. A los gritos de ¡venganza! ¡libertad! ¡viva la fé! ¡viva el rey! ¡muera el mal gobierno de Felipe! aquellos hombres desalmados se entregaron como fieras á todo género de escesos, hiriendo y matando á cuantos castellanos encontraban, y eran castellanos para ellos todos los que no eran catalanes (4). La milicia que la ciudad habia armado ayudaba mas que contenia á los tumultuados. La casa de ~~la~~ y se vió pronto cercada por aquella gente feroz, provista de haces de leña, y resuelta á incendiarla.

Los ~~consejeros~~ y diputados, que solo en apariencia y delante de veian con pesar el movimiento aconsejábanle que salvara su persona en alguna de las galeras genovesas que se hallaban surtas en el muelle. Santa Coloma, despues de alguna vacilacion, y cuando se convenció de que no alcanzaba ya su autoridad á sosegar el pueblo, ni era obedecida, resol-

(4) De los sucesos del año 1640.—MS. de la Biblioteca Nacional de Madrid, H. 73.—Melo, Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV. lib. I.—En un MS. de aquel tiempo se dice que los tumultuados gritaban: ¡Visca la Santa Fé Católica! ¡Visca lo Rey! ¡Muyra lo mal govern!

vió seguir el consejo de los magistrados, y se dirigió á pié con su hijo hácia las galeras, en tanto que en la ciudad solo se oían alaridos y ruido de armas, que unas casas eran devoradas por el fuego, otras eran un campo de batalla entre segadores, vecinos y soldados, se arrancaba á los desgraciados castellanos de los monasterios y templos en que habian buscado asilo y se los apuñalaba y arrastraba por las calles, cortando á algunos las cabezas y otras partes del cuerpo y jugando con ellas con horrible ludibrio.

El infeliz Santa Coloma llegó hasta la orilla del mar; su hijo logró ganar una de las galeras, mas como éstas sufrieran un vivo fuego que ya desde la ciudad les hacian, apresuráronse á alejarse del puerto dejando al virey en tierra. Lanzó el conde una mirada de dolor y desconsuelo á su querido hijo, derramó algunas lágrimas, y se encaminó á las ruinas de San Beltran, camino de Monjuich. La congoja, el calor y el aturdimiento abatieron su ánimo, y cayó en el suelo como desmayado. Halláronle en tal estado algunos de los que le andaban buscando y persiguiendo, asestáronle cinco puñaladas en el pecho, y le quitaron la vida. Asi murió el infeliz don Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma. Las casas de los ministros reales fueron todas saqueadas, y asesinados todos los criados del marqués de Villafranca, general de las galeras, que hacia pocos dias habia salido del puerto. Merece mencionarse un suceso ocurrido en el

saqueo de esta casa, que á la par que ridículo y chistoso, da la pauta de lo que era aquella gente ignorante y agreste. Entre las alhajas del marqués habia un reloj que tenia encima la figura de un mono, el cual al compás de las ruedas doblaba las manos y volvía los ojos. Aquellos hombres groseros dieron un grito de regocijo publicando que habian cogido al diablo en casa del marqués. Paseáronle alborozados por las calles en la punta de una lanza: ¡desgraciado del que se hubiera reido de aquella grotesca procesion! y por la tarde le llevaron á la Inquisicion, donde le dejaron muy contentos con la promesa que les hicieron los inquisidores de informarse del caso y castigarlo como era justo. Aquella ridícula ceremonia entretuvo buen rato al pueblo, y le libró de algunas mas atrocidades que hubieran cometido. Usado es decir que uno de los primeros actos de los tumultuados fué sacar de las cárceles á Tamarit y á los magistrados presos por el pueblo, clamándolos con frenéticos aplausos. Tres dias duraron aquellas escenas de estrago y de muerte. Los consellers ofrecieron por pregon el premio de seis mil escudos al que descubriera al asesino ó asesinos de Santa Coloma; mas ni se pudo averiguar, ni aun hubo quien quisiera ó se atreviera á dar indicio alguno. Fugados, escondidos ó asesinados todos los ministros reales, y sin autoridad que gobernára el pueblo, sacaron del convento de San Francisco al beguér y le invistieron de la jurisdiccion, en

cuya virtud se presentó en las casas de la ciudad con la vara alta en señal de mando.

Difundida por el Principado la noticia de los sucesos de Barcelona, todas las ciudades se apresuraron á imitar tan funesto ejemplo, especialmente aquellas en que habia tropas alojadas, teniéndose por mejores patrios los mas prontos y los mas audaces en cometer tropelías de aquel género. En Gerona, en Balaguer, en Lérida, en todas partes eran los castellanos perseguidos y asaltados. El gobernador de Tortosa, don Luis de Monsuar, baile general del Principado, que intentó hacerse fuerte en el castillo con la gente que mandaba, bisoña toda ella, no pudo lograrlo, porque el pueblo se echó sobre aquellos soldados que aun estaban sin armas, y se apoderó de la fortaleza, haciendo pedazos al veedor don Pedro de Velasco. El cabildo y los párrocos, para aplacar el tumulto, sacaron en procesion el Santísimo Sacramento. Los perseguidos se asían á las varas del palio, y cobijaban bajo las vestiduras sacerdotales, pero no pudo salvarse Monsuar, principal objeto del furor de los amotinados.

Los tercios alojados en los pueblos del Ampurdan y la Selva se insolentaron á su vez y cometieron los mayores excesos con el paisanage. No se acobardaban tampoco los paisanos, á tal punto que don Juan de Arce que mandaba uno de los tercios, se vió apurado para defenderse de un grupo de tres mil que le acometieron en un convento cerca de Olot donde se

habia refugiado. Incorporado despues con otros tercios y formando ya un cuerpo de cuatro mil hombres, llegó de noche con ellos hasta las puertas de Gerona, donde no se atrevió á entrar, y tomó el camino de Blanes. Los paisanos esperaban á las tropas emboscados en los caminos, y las asaltaban cuando iban mas desprevenidas. Asi destrozaron la caballería que mandaba don Fernando de Cheriños. La que comandaba el italiano Filangieri se salvó entrándose de noche en el reino de Aragon. Los coroneles Móles y Arce, que con sus tercios se acercaron al Rosellon para estar mas seguros, permitieron á sus soldados saquear los pueblos por donde pasaban, y vengábanse de los ultrages que habian recibido consintiendo ó disimulando que su gente apuñalara ó ahorcara los paisanos que cogia. Con esto las armas del rey acababan de hacerse odiosas, y la irritacion del paisanage no conocia ya medida.

Cuando los sucesos de Barcelona se supieron en la córte (12 de junio), no hubo quien desconociera su gravedad y trascendencia. Sin embargo respecto al remedio sucedió lo que siempre: unos opinaban por el perdon y la indulgencia con los sediciosos si se arrepentian, otros optaban por la severidad, el rigor y los castigos fuertes, y los ministros del rey eran los que mas vacilaban. Por de contado se desestimó la embajada que los catalanes enviaron por medio de un religioso carmelita, varon respetable por su virtud y

su ciencia, fray Bernardino Manlleu, esponiendo las quejas del Principado, pidiendo que se le aliviara de la manutencion y alojamiento de las tropas, y ofreciendo que los catalanes defenderian por sí solos su provincia sin necesidad de tropas asalariadas que podrian emplearse con utilidad en otras partes y en otros servicios. Esta propuesta fué desechada, suponiendo que envolvia la idea y el propósito de quedar del todo libres y resistir impúnemente los mandamientos reales.

No fué desacertada providencia la de nombrar virey de Cataluña al duque de Cardona don Enrique de Aragon, que sobre ser hombre de respeto por su linage y por sus prendas, era natural del pais y habia sido ya antes virey: asi su eleccion no fué desagradable á los catalanes, y esto ya en situacion tan crítica y en circunstancias tan espinosas. Propúsose el de Cardona tranquilizar primeramente á la capital, suponiendo que las ciudades y villas segun su buen ejemplo, como habian seguido su mal ejemplo. Engañóse en esto el nuevo virey; porque sucedió que en las poblaciones subalternas los curas y frailes desde los pulpitos en acalorados sermones y so pretesto de celo por la religion y por la gloria de Dios, no cesaban de instigar y escitar al pueblo á que no permitiera la violacion de sus fueros y libertades, convirtiendo asi la cátedra del Espíritu Santo en tribuna de revolucion. Agregóse á esto que el obispo de Gerona, indignado

de los escándalos cometidos por los soldados de los tercios de Arce y Móles, excomulgó aquellos regimientos tratándolos como hereges. Hecha asi la causa popular causa de religion, ya no solo la gente inquieta y revoltosa sino hasta la mas pacífica y menos acalorada se creyó en el caso de vengar en las tropas reales la religion ultrajada; á tal punto que levantaron pendones negros en señal de tristeza, llevando en ellos pintada la imágen del Crucificado, con inscripciones y alegorías alusivas á los sucesos y á la situacion de Cataluña.

No fueron mejor acogidas en Perpiñan las tropas que en medio de mil trabajos y peligros lograron pasar al Rosellon con objeto de emprender alli la segunda campaña contra los franceses. Negóse la ciudad á darles ni alojamientos ni cuarteles, alegando sus privilegios y fueros. Inútiles fueron, primero las razones y despues las amenazas del general marqués de Xeli y del gobernador del castillo don Martin de los Arcos. Obstinados los habitantes, cerráronles las puertas y se presentaron á resistirles en el caso de ser acometidos. Desesperada la tropa, asaltó la puerta llamada del Campo; los ciudadanos acudieron á las armas y se trabó una sangrienta pelea, que la oscuridad de la noche hizo mas horrible; el general mandó hacer fuego á la artillería del castillo, y en poco tiempo una tercera parte de la ciudad quedó derruida al fuego de la bala rasa y bajo el peso de multitud de bombas; los

soldados penetraron en el pueblo, y entre otros desmanes saquearon mas de mil y quinientas casas. Intimidados los naturales acordaron implorar la clemencia del general, haciendo al obispo subir al castillo, vestido de pontifical, llevando la sagrada custodia en la mano, y acompañado de todo el clero. Salióle á recibir el general con sus oficiales, y oidas las razones del prelado prometióle usar de misericordia con el pueblo. Mas como quiera que los soldados, orgullosos de su triunfo y apoderados de la ciudad, sin tener en cuenta la palabra y el compromiso de su gefe, comenzaron por insultar, escarnecer y atropellar á los ciudadanos, llegando su provocacion hasta plantar horcas en las calles, sin permitirles siquiera el desahogo de la queja, muchos huyeron de la poblacion á la montaña con sus familias, abandonando sus casas, talleres, obradores, tiendas y campos, en términos que la tropa sintió muy pronto la falta de lo necesario para la vida. Dióse entonces á los aldeas y casas de campo, y los habitantes tuvieron que huir con sus hijos y mugeres á los montes, andando muchos de ellos errantes por entre bosques y breñas.

Con noticia de estos sucesos y de esta desolacion el duque de Cardona, restablecido algun tanto el sosiego en la capital del Principado, partió para Perpiñan acompañado de un diputado y de un conseller, resuelto á castigar severamente á los autores de tales excesos. De no llevar ánimo de proceder con blandura

dió pruebas el de Cardona llevando á la cárcel de los malhechores á los coroneles Móles y Arce, con muchos otros oficiales, en tanto que tomaba los informes correspondientes. Sin embargo en el parte que dió al rey indicaba que con este acto de intimidacion y con un leve castigo creia que se iria restableciendo el respeto á la autoridad real, y recobrándose el sosiego en aquellas perturbadas provincias. Pero esta indicacion, aunque fundada en los excesos que de las informaciones resultaban, no gustó á la córte ni menos al conde-duque de Olivares, que en su cólera contra los catalanes y en su deseo de venganza, creyendo por otra parte tenerlos ya humillados, no queria oír ni sufrir la idea de castigar á los que los oprimian; y así le escribió de orden del rey que no procediese contra los presos, y que no los castigara en manera alguna sin consultar á la junta que se mandó formar en Aragon para estos negocios. Esta respuesta, que equivale á una desaprobacion de la conducta del virey, apesadumbro tanto al de Cardona que apoderándose de él una calentura le llevó en pocos dias al sepulcro. Con su vida se acabó tambien el freno que contenia á los catalanes, y por todas partes se reprodujeron las inquietudes y los disturbios; causado todo por el orgullo de un ministro vengativo y desatentado.

De todo culpaban, y no sin razon, los catalanes al conde-duque, que de tal manera dominaba al rey, que ni oia sino por sus oidos, ni veia sino por sus ojos,

ni sabía sino lo que él quería que supiese. Una comisión respetable de la ciudad de Barcelona y de los tres estamentos del Principado que se dirigió á Madrid á implorar la clemencia real, fué mandada detener por el ministro en Alcalá de Henares. Escribieron á los otros ministros, al príncipe, á la reina, á cuantos podían hacer llegar sus clamores al monarca. Pretendíase de parte del rey, ó mas bien del conde-duque, que buscáran la intercesion del papa y de otros príncipes, y se exigía de ellos otras humillaciones, incompatibles con el carácter catalan. Por último, viendo los catalanes que no lograban hacer oír su voz por los medios que habian empleado, publicaron un escrito titulado: *Proclamacion católica* (1), en que se espresaban los

(1) El escrito se titulaba *Proclamacion católica á la Magestad piadosa de Felipe el Grande, Rey de las Españas y Emperador de las Indias*, hecha por los consejeros y Consejo de Ciento de la ciudad de Barcelona. Hablando en este documento de las causas de los desórdenes decian: «Todos conviene en que lo son el conde-duque y el protonotario de V. M. don Gerónimo de Villanueva, que poco afectos á los catalanes, se han declarado contra el Principado, por ver que en todos los negocios han acudido á V. M. inmediatamente, sin sujetarse á su disposicion; y concibiéndose poco cortejados de los catalanes, por varias diligencias de trabajos y opresiones maquinadas, han procurado hacer evidencia de que ellos son los que mandan las dichas y las desdi-

chas de los vasallos de V. M. con el favor y puesto que tienen: pero los catalanes siempre están en que les serán sabrosos los trabajos que trae la muerte por mano de las suyas; porque la vida; porque solo han jurado los catalanes por señor y han prometido fidelidad...»

«Mande V. M. (prosequian) volver á sus quicios y á su curso ordinario los consejos supremos, desterrando las juntas particulares, que como consultas de muchos médicos difieren las curas de los daños de la monarquía, y se estragan las mas convenientes resoluciones....—Mande V. M., para la paz y sosiego de Cataluña, que en primer lugar sean castigados los cabos y soldados que se hallaren culpados en los incendios, sacrilegios de las iglesias y

graves motivos de su resentimiento y de sus quejas, los agravios que habia recibido el Principado, y que habian dado ocasion á aquellos levantamientos y turbaciones, acusando al conde-duque y al protonotario de Aragon como los autores de su ruina, cargos que estos dos personajes se esforzaron por desvanecer, pero sin que lograran llevar á los ánimos el convencimiento.

Ocurrencia fué de las mas desventuradas que ha podido concebir un gobierno nombrar virey de Cataluña en tal situacion en reemplazo del duque de Cardona á un prelado de la Iglesia, hombre docto, sí, templado y pacífico, pero anciano ya, y falto de resolucion y energía, escelente para llenar sus deberes apostólicos, pero inútil para un cargo civil tan difícil

«sagrarios, donde estaba reservado el Santísimo Sacramento del altar, juntamente con sus compañeros; por lo que el lugar tenga V. M. principio, y queden satisfechas las que católicamente forman la fe de los catalanes... Mande V. M. que la guarnicion de los presidios se disponga en conformidad de lo que ordenan las constituciones, y que salgan los soldados del Principado: porque los que sobran á este intento no se ocupan sino en insolencias, enormidades y sacrilegios; y es esto con tanto rigor, que son mas bien tratados los catalanes de Opol y Taltall por los soldados franceses que los de Perpiñan y Rosellon por los de V. M....—Mande V. M. que las tropas que desde Aragon y Valencia amena-

«zan á Cataluña á saco y pillage, á fuego y á sangre, se retiren: porque con estas amenazas se desasosiegan los naturales....—Mande V. M. proveer las plazas de ministros vacantes, y las de aquellos que por aborrecidos del mal ejercicio que han tenido en la justicia han de suscitar las mismas quejas: y procure V. M. que se despache el breve de irregularidad para el lugarteniente de á V. M.: medios eficacisimos para la paz total de esta provincia, como V. M. ha mucho tiempo que se representa y suplica. Y pues todo lo que se suplica á V. M. es lícito, útil, honesto y necesario al servicio de Dios y de V. M., debe ser concedido: porque en su dilacion podria quedar V. M. muy deservido y perjudicado.»

en aquel país y en aquellas circunstancias, que tal era el obispo de Barcelona don García Gil Manrique. El gobierno creía que el obispo con su autoridad templaría un poco la furia de los catalanes; los catalanes que querían la paz conocieron que era imposible que la restableciera un hombre falto de nervio por su edad y su carácter para castigar á los revoltosos, y los revoltosos comprendieron que no era hombre que pudiera irles á la mano; hiciéronse con esto mas audaces, pusieronlo todo en confusion, apoderóse el terror de los jueces y magistrados, todo era violencia y no habia quien se atreviera á administrar justicia.

Admitidos al fin y recibidos en audiencia los comisionados representantes del Principado para quitarles este motivo de queja, espusieron y pidieron de palabra lo que tantas veces por escrito habian espuesto y pedido. El ministro les respondió, que el rey estaba dispuesto á recibirlos con la dulzura de un padre siempre que ellos dieran muestra de arrepentimiento. Cuando esto decia el favorito, resuelto estaba ya á emplear la fuerza contra Cataluña y á llevar allá la guerra. Mas para cohonestar esta resolucion reunió una junta de ministros, consejeros y magistrados, de las que él acostumbraba, aparentemente en son de consulta, pero en realidad preparado todo de manera que no pudiera menos de acordarse lo que él tenia pensado. Asi pudo comprenderse desde luego por un papel que hizo leer al protonotario, titulado:

Justificacion real y descargo de la conciencia del rey.
Asi fué que aunque no faltó quien con razones de gran peso abogara por la templanza y contra el sistema de la guerra, como el conde de Oñate don Iñigo Velez de Guevara, hombre de muchas luces y experiencia (1), hallaron mas eco en la junta las palabras del cardenal don Gaspar de Borja, presidente del consejo de Aragon, no muy adecuadas por cierto á la mansedumbre que debia esperarse de su alta y sagrada dignidad, puesto que entre otras cosas decia: *Asi como el incendio no se puede apagar sino con mucha agua, el fuego de la infidelidad y de la rebellion no se puede extinguir sino con rios de sangre.* El ministro apoyó el discurso del cardenal presidente, y la guerra quedó acordada en la junta, resolviéndose que

(1) «Siendo la nacion catalana
»(decia entre otras cosas el de
»Oñate) de un genio airado y ven-
»gativo, temeroso de la
»ira, y que se inclinaba á
»te en el abismo de la guerra.
»mar lágrimas de sangre en toda
»España..... ¿Quién sabe si los
»catalanes amenazados con el cas-
»tigo no se arrojarán á los pies del
»mayor émulo del rey? Yo creo
»que es mas fácil pasar de la se-
»dicion á la rebeldia que de la
»tranquilidad á la sedicion: la
»mano diestra del jinete doma el
»caballo feroz y desbocado, no la
»aguda espuela que se le aplica...
»¿Llora Cataluña? decia mas ade-
»lante: no la desesperemos. ¿Gime-
»men los catalanes? oigámoslos...
»Salga el rey de su córte: acuda á
»los que le llaman y le han menes-
»ter: ponga su autoridad y su per-
»sona en medio de los que le aman
»y le temen, y luego le amarán
»todos sin dejar de temerle nin-
»guno. Infórmese y castigue, con-
»suele y reprenda. Buen ejemplo
»hallará en su augusto bisabuelo
»cuando por moderar la inquietud
»de Flandes... pasó á los Países,
»y acompañado de su solo valor
»entró en Gante, amotinado y fu-
»rioso, y lo redujo á obediencia
»sin otra fuerza que su vista. Sal-
»ga S. M., vuelvo á decir, llegue
»á Aragon, pise Cataluña, mués-
»trese á sus vasallos, satisfágalos,
»mirelos y consuélelos, que mas
»acaban y mas felizmente triun-
»fan los ojos del principe, que los
»mas poderosos ejércitos.» Melo,
»Historia de los movimientos, sepa-
»racion y guerra de Cataluña,
»libro II.